



LA VOLUNTAD SALVÍFICA UNIVERSAL EN LA ENCÍCLICA «DIVES IN MISERICORDIA» Y EL CULTO AL CORAZÓN DE CRISTO

ARMANDO BANDERA

Una de las notas más características de la encíclica *Dives in misericordia* es la universalidad de sus perspectivas. Los horizontes a que este documento se abre son absolutamente universales, lo mismo en cuanto a las personas que en lo referente a la sucesión histórica de las edades de la humanidad. Sobre esta base, el tema de la voluntad salvífica universal no podía menos de hacerse presente. Juan Pablo II lo acoge y lo trata siempre de manera muy positiva¹.

Juan Pablo II comienza refiriéndose a la voluntad salvífica universal de manera implícita. Dios —dice— por el solo hecho de ser «creador se ha vinculado con especial amor a sus criaturas» (n. 4), entre las cuales el hombre, junto con el ángel, ocupa un puesto de preferencia. Este amor de Dios creador es absolutamente universal y, por lo mismo, alcanza a todos los tiempos. Pero, en este contexto de creación, ¿a qué clase de amor divino se refiere Juan Pablo II? ¿Al solo amor que se puede conocer por vía filosófica, al que descubre la razón humana, o también al amor salvífico que conduce hasta la posesión beatífica de Dios mismo? Creo que el Papa se refiere claramente al amor sobrenatural, al amor elevante, al que brota y se desarrolla en el interior de un *misterio*. Dice, en efecto, que las relaciones entre Dios y las criaturas sólo alcanzan un esclarecimiento definitivo, cuando son encuadradas «en el misterio mismo de la creación» (n. 4). Ahora bien, el concepto de *misterio* no se aplica nunca a un hecho de orden meramente natural, aunque sea tan portentoso como la creación del mundo.

Juan Pablo II considera la creación en la perspectiva del Nuevo Testamento, es decir, en cuanto obra querida y realizada por Dios con la «intención» de facilitar al hombre su marcha hacia la bienaventuranza eterna². Se trata, por tanto, de un amor que a la vez *crea* y *eleva*, es

1. Mis referencias a la encíclica se incluyen en el texto.

2. Este punto es tratado directamente por Juan Pablo II en su encíclica *Redemptor hominis*, n. 8.

decir, que da el *ser* y la *gracia*. Por parte de Dios, su voluntad *de gracia* se extiende tanto como su voluntad *de creación*; más aún, la voluntad *creadora* es puesta en acción por la voluntad *santificante* y se subordina a ésta. Dios crea al hombre *para* santificarlo y salvarlo. La inmensa multitud de seres infrarracionales está puesta toda ella al servicio del hombre y, por lo tanto, su creación obedece a la misma «*intención*» *salvífica* que la del hombre. Esta «*intención*» *salvífica* de la creación va a ser puesta de manifiesto muy pronto por Juan Pablo II, cuando establezca las conexiones entre el misterio de la creación y el de la *elección* de los hombres para entrar en alianza con Dios.

Este modo implícito de proponer el misterio de la voluntad *salvífica* es muy profundo y tiene gran importancia, porque muestra de manera palmaria su verdadera y *absoluta universalidad*. En los tratados de teología ha sido bastante común limitar históricamente el tema de la voluntad *salvífica* universal a los solos tiempos del Nuevo Testamento, prescindiendo de toda la historia precedente. En cambio, conectando la voluntad de salvación con la de creación y, sobre todo, contemplando esta segunda como ordenada a la primera y presidida por ella, resulta evidente que la voluntad *salvífica* se extiende absolutamente a todos los hombres, cualquiera que sea el momento histórico en que cada uno haya venido a la existencia.

La historia *salvífica* se pone en marcha desde el momento mismo de la creación y sólo concluirá «en el último día», cuando el Señor se manifestará por «segunda vez, y sin ninguna relación con el pecado, a quienes lo esperan para recibir la salvación» (Heb 9,28). La historia *salvífica* es absolutamente universal y, por otra parte, sólo es posible y comprensible presuponiendo en Dios una voluntad *salvífica* igualmente universal.

Todo cuanto se diga en lo sucesivo sobre modos concretos de presentar la voluntad *salvífica* de Dios está informado por la universalidad absoluta que se desprende de las conexiones entre creación y elevación-salvación. Juan Pablo II lo hace notar expresamente al proponer su primera enunciación formal del misterio.

«Con el misterio de la creación —dice el Papa— está vinculado el misterio de la *elección* que ha plasmado de modo peculiar la historia del pueblo cuyo padre espiritual es Abraham en virtud de su fe. Sin embargo, mediante ese pueblo que camina a lo largo de la historia, tanto de la antigua como de la nueva alianza, ese misterio de *elección* se refiere a cada hombre, a toda la gran familia humana» (n. 4). En consecuencia, Juan Pablo II da un alcance absolutamente universal a ciertas expresiones bíblicas que en su sentido literal se refieren al solo pueblo de Israel. Cita concretamente los dos pasajes que siguen: «Con amor eterno te amé, por eso te he mantenido mi favor» (Jer 31,3). «Aunque se retiren los montes..., no se apartará de ti mi amor, ni mi



alianza de paz vacilará» (Is 51,10). El «amor eterno» de Dios se extiende a todos los hombres desde la creación del mundo y todos son acogidos dentro de su alianza de paz.

Las formulaciones de la voluntad salvífica universal giran sobre todo en torno al misterio pascual, que es el que representa el momento culminante de la revelación de la misericordia divina para con todos los hombres *desde el principio*.

«La dimensión divina de la redención —dice Juan Pablo II— nos permite (...) desvelar la profundidad de aquel amor que no se echa atrás ni siquiera ante el extraordinario sacrificio del Hijo con el fin de colmar la fidelidad del Creador y Padre respecto a los hombres creados a su imagen y *ya desde 'el principio' elegidos, en este Hijo, para la gracia y la gloria*» (n. 7). En el misterio pascual culmina «la revelación y cumplimiento de la misericordia que es capaz de justificar al hombre, de restablecer la justicia en el sentido del *orden salvífico querido por Dios desde el principio para el hombre* y, mediante el hombre, para el mundo (...). La cruz donde Cristo tiene su último diálogo con el Padre, brota de la entraña misma de *aquel amor* con el que el hombre, *creado a imagen y semejanza de Dios*, ha sido gratificado *según el eterno designio divino*» (n. 7). «Justamente, en el camino de la elección eterna *del hombre* a la dignidad de hijo adoptivo de Dios se alza la cruz de Cristo, Hijo unigénito que (...) ha venido para dar el testimonio último de la admirable alianza de Dios *con la humanidad, de Dios con el hombre, con todo hombre*». Esta alianza, *tan antigua como el hombre —se remonta al misterio mismo de la creación—* restablecida después varias veces con un único dependencia de Él, María contribuye singularmente a «la revelación de la misericordia, es decir, de la absoluta fidelidad de Dios a su propio amor, a la alianza querida por Él desde la eternidad y concertada en el dependencia de Él, María contribuye singularmente a «la revelación de la misericordia, es decir, de la absoluta fidelidad de Dios a su propio amor, a la alianza querida por Él desde la eternidad y concertada en el tiempo con el hombre, con el pueblo, *con la humanidad*» (n. 9).

Juan Pablo II ilumina también el tema de la voluntad salvífica universal desde otro punto de vista al que él mismo da gran relieve. La parábola del hijo pródigo —dice— «permite comprender más plenamente el misterio mismo de la misericordia en cuanto drama profundo, que se desarrolla entre el amor del padre y la prodigalidad y el pecado del hijo» (n. 5). Ahora bien, ¿quién es ese hijo pecador? «Es en cierto sentido *el hombre de todos los tiempos*, comenzando por aquel que primeramente perdió la herencia de la gracia y de la justicia original. La analogía aquí es muy amplia. La parábola toca indirectamente *toda clase de rupturas de la alianza de amor, toda pérdida de la gracia, todo pecado*» (n. 5).



Si el hijo pecador simboliza a todos los hombres, la misericordia que el padre tiene para con él, así como el amor con que lo acoge, se dirigen a todos los hombres, es decir, son expresión de una voluntad salvífica verdaderamente universal. La cruz de Cristo viene a proclamar, «en la plenitud de los tiempos», la hondura y la fidelidad del amor de Dios al hombre ya desde el momento inicial, pues precisamente por mantener ese amor el Padre quiso que su Hijo padeciera la muerte de cruz.

El tema de la voluntad salvífica universal reclama como complemento el estudio de los modos como *la historia de la salvación* —puesta en marcha por aquella voluntad— se realiza y se encarna en la vida de los hombres. Pero sobre esto Juan Pablo II no dice nada expreso en esta encíclica³. Por eso me limitaré a hacer alguna indicación elemental.

En virtud de la voluntad salvífica de Dios la humanidad entera está bajo la acción de la gracia. La cruz de Cristo es, ciertamente, testimonio de la gran perversidad humana, pero también, y sobre todo, la gran prueba de que Dios acepta al hombre, lo llama a la comunión de su vida divina y le ofrece las gracias para que tal llamamiento se haga efectivo.

De todo esto resulta lo que se podría llamar «impregnación» de la historia humana por la historia de la salvación, algo que transforma internamente al hombre y que «en la vida de la humanidad encuentra su expresión en la religión y después en la moralidad de la cual la cultura lleva reflejos. Justamente los Padres de la Iglesia veían en las distintas religiones reflejos de una única verdad, ‘como gérmenes del Verbo’, los cuales testimonian que, aunque por caminos diversos, la aspiración más profunda del espíritu humano está orientada en una única dirección, tal como se expresa en la búsqueda de Dios y, al mismo tiempo, en la búsqueda, mediante la tensión hacia Dios, de la plena dimensión de la humanidad, del sentido pleno de la vida humana⁴».

Al lado de esa «impregnación» de la historia de la humanidad no cristiana por la historia salvífica, se da el hecho de que Cristo instituyó una Iglesia en cuya historia se hallan presentes no ya «gérmenes» del Verbo, sino la plenitud de su revelación junto con la totalidad de los bienes conducentes a la vida eterna. Evidentemente, no es una misma la situación del cristiano y del no-cristiano. ¿Cómo expresar, en fórmula teológica, la diversidad existente entre uno y otro?

Se han dado diversas respuestas. Pero hoy prácticamente no existen más que dos. Algunos distinguen *dos historias de salvación*, las cuales, aunque tienen de común el estar fundamentadas en Cristo, se desarrollan

3. Sobre las religiones no cristianas y sobre su valor salvífico, Juan Pablo II propone ideas fundamentales en *Redemptor hominis*, n. 6, 11, 12.

4. JUAN PABLO II, *Redemptor hominis*, n. 11.



de modo independiente. No se interfieren, ni se influyen recíprocamente. Podría decirse que son *historias paralelas*. La que se desarrolla en el inmenso mundo de la humanidad no-cristiana es denominada historia salvífica *general*. En contraposición, la que se realiza en la Iglesia y, por ministerio de ésta, recibe la denominación de historia salvífica *particular*, es decir, que afecta sólo a una pequeña parte del género humano. Esta terminología traspone al orden teológico un fenómeno sociológicamente comprobable. *General* y *particular* depende sólo del número de personas, a que afecte la historia. De aquí se pasa espontáneamente a pensar que lo *general* es algo así como lo *normal*, mientras que lo particular sugiere más bien la idea de algo *excepcional*, de lo que está *fuera de lo común* y que puede ser considerado como *privilegio de algunos*.

El hecho sociológico de que parte esta teoría es de evidencia notoria. Pero resulta extraño que la Iglesia, donde la obra *salvífica* de Cristo se encuentra *en su plenitud*, venga a ser pensada como un medio *excepcional*, o de *excepción*, en orden a conseguir la *vida eterna*. Por eso hay quien, con más acierto, piensa que la historia salvífica es *una sola*. La distinción no debe hacerse entre *historia* e *historia*, como si fueran efectivamente *dos*, sino entre modos diversos como los hombres se ponen en contacto con el torrente de la *única historia salvífica*. Esta historia puede realizarse o bien *en la plenitud de su contenido* —y esto es lo que tiene lugar dentro de la Iglesia— o bien por vía de *sola participación*, como ocurre en el resto de la humanidad.

La salvación que se actualiza en el mundo no cristiano está vinculada con la salvación que se vive en la Iglesia y depende de ella al modo como lo meramente *participado* se vincula con y depende de *lo pleno*. La idea de *plenitud salvífica* realizada en la Iglesia y de participaciones no-cristianas, ha sido propuesta claramente por el Concilio Vaticano II⁵. Es misión de la teología desarrollar, esclarecer y aplicar este principio a las diversas situaciones. Pero ninguna teología puede tomarse la libertad de cambiarlo o sustituirlo por otro.

Dentro del cristianismo no es idéntica la situación de la Iglesia católica y de las otras confesiones cristianas. Tanto la una como las otras viven de bienes específicamente *cristianos, conocidos y recibidos como tales*, porque todos los cristianos, cualquiera que sea la confesión a que estén adscritos, creen en un mismo Cristo, salvador *único y universal*. Pero las confesiones que no se hallan en comunión total con la Iglesia católica «sufren deficiencias»⁶. Por lo cual la *plenitud* en sentido propio

5. Cfr. *Dignitatis humanae*, 1; *Nostra aetate*, 2. Para fundamentación y explicación de esta doctrina claramente conciliar, cfr. A. BANDERA, *Formas de la presencia de Dios a través de la historia salvífica*, en «Ciencia Tomista» 107 (1980) 34-43.

6. *Unitatis redintegratio*, 3.



se da sólo dentro de la Iglesia católica. Como dice el Vaticano II, «únicamente a través de la Iglesia católica de Cristo, que es el auxilio general de salvación, puede ser alcanzada la total plenitud de los medios salvíficos»⁷.

Las precedentes ideas acerca de la providencia salvífica de Dios y de su realización en la historia de los hombres tienen clara repercusión en el modo de entender la doctrina, sobre el Corazón de Jesús y sobre el culto que se le debe.

El Corazón de Cristo es símbolo de su amor a los hombres. Pero de un amor que se dirige a los hombres considerados no sólo aislada o individualmente, sino también, y de modo singularísimo, en cuanto destinados a formar una sola familia o comunidad de redimidos. Todo el amor creador y santificante de Dios, que envuelve la historia entera de la humanidad, tiene su expresión perfecta en el Corazón de Cristo.

De aquí se sigue inmediatamente que el culto al Corazón de Jesús conduce de modo directo a la solicitud apostólica por la salvación de todos los hombres y por su inserción en la Iglesia católica, que es donde se ofrece y se recibe la salvación plena. Un culto al Corazón de Jesús que fuese puramente intimista y practicado dentro de una perspectiva tan sólo individual, sería un culto deformado o, por lo menos, sumamente empobrecido.

Al hombre lo conocemos y lo amamos desde Cristo y en Cristo. Pero es preciso proclamar también la otra verdad complementaria, o sea, que a Cristo sólo podemos conocerlo y encontrarlo con la plenitud de que somos capaces, cuando lo contemplamos *unido a todos los hombres*, porque de todos es salvador y a todos quiere conducir a las mansiones que tiene preparadas en la casa de su Padre (cfr. Jn 14,2). Esta universal solicitud por todos los hombres debe estar orientada principalmente, como el amor de Cristo mismo, hacia los más necesitados, tanto en el orden temporal como en el espiritual, y expresarse en ayudas concretas. Además, no se puede olvidar que el amor de Cristo, *tal como está simbolizado en su Corazón*, es un amor lleno de misericordia, un amor propia y específicamente misericordioso. Por lo cual quien lo venera tiene que llenarse, él mismo, «de entrañas de misericordia, de bondad, de mansedumbre, de paciencia» (Col 3,12).

Nada inclina tanto a Dios hacia el hombre como su amor misericordioso. Nada tampoco puede imprimir en el hombre un impulso tan genuinamente cristiano de entrega al prójimo como el amor envuelto en misericordia. Por eso —dice Juan Pablo II— «el amor misericordioso es sumamente indispensable (...) en la educación y en la pastoral» (n. 14). La caridad que debe *urgir* al cristiano (cfr. 2 Cor 5,14) tiene que estar

7. *Ibidem*, 3.



repleta de misericordia, porque sólo así podrá superar las múltiples formas de mal con que forzosamente se tropieza en la vida diaria.

Pero el amor de Cristo no debe ser considerado solamente desde un punto de vista que podría llamarse moral o como sola virtud, aunque lo sea en grado sumo. Es necesario pensar ese amor personalmente o encuadrarlo en un marco personal. Juan Pablo II insiste constantemente en que a través de Jesús se nos revela el «rostro» del Padre. El amor, que es el contenido fundamental de la voluntad salvífica, no es un amor anónimo o impersonal. Procede del Padre como de su primer origen, nos es traído por Cristo y alcanza en nosotros la plenitud de sus frutos gracias a la acción del Espíritu Santo. El Corazón de Cristo simboliza concretamente *esta* voluntad salvífica, y *este* amor, el cual logró la máxima plenitud posible al hombre en el interior de su propia humanidad.

Así, pues, la veneración del Corazón de Cristo reclama, por su misma naturaleza, ser vivida en una «atmósfera» trinitaria. Jesús conduce siempre al Padre con la fuerza y la virtud de su común Espíritu. Si Dios habita en nuestros «corazones» como en templo de su gloria, ¿quién podrá comprender el modo verdaderamente sublime, trascendente, inefable, como este Dios habita en el Corazón de Cristo? Aquí la inteligencia puede bien poca cosa. Lo que se requiere es una fe firme y un amor ardiente que se inclinen ante la majestad de Dios en un acto, más aún, en una disposición permanente de adoración, por cuya virtud el hombre entra en el «santuario» mismo de Dios y vive en comunión con El abrazando desde El a todos los hombres de todos los tiempos por una especie de participación en su providencia de Padre universal.

El encuadramiento personal, concretamente trinitario, del culto al Corazón de Cristo, tiene que dar acogida a la misericordia del Padre; sufriría deformación reduciéndolo a «amor puro». La misericordia —dice Juan Pablo II— «es la dimensión indispensable del amor, es como su segundo nombre y a la vez *el modo específico de su revelación y actualización respecto a la realidad del mal presente en el mundo que afecta al hombre y lo asedia*» (n. 7).

Pues bien, es este amor, que lleva por segundo nombre «misericordia», el que, a través de Cristo, debe introducirnos la contemplación del «rostro» mismo del Padre, alcanzando de este modo su máxima realización personal en el hombre. La Iglesia —dice de nuevo Juan Pablo II— vive el amor y la misericordia *del Padre*, «contemplando constantemente a Cristo, concentrándose en El, en su vida, en su evangelio, en su cruz, y en su resurrección, en su entero misterio. Todo esto que forma la 'visión' de Cristo en la fe viva y en la enseñanza de la Iglesia nos acerca a la 'visión del Padre' en la santidad de su misericordia. La Iglesia parece profesar en grado sumo la misericordia de Dios y venerarla *dirigiéndose al Corazón de Cristo*. En efecto, precisamente al acercarnos a Cristo *en el misterio de su Corazón* se nos permite detenernos en

este punto —en un cierto sentido central y al mismo tiempo accesible en el plano humano— de la revelación del *amor misericordioso del Padre*, que ha constituido el núcleo central de la misión mesiánica del Hijo del Hombre» (n. 13).

Podría decirse que Juan Pablo II traslada a Dios mismo y al conjunto de relaciones que nos vinculan con El su gran preocupación *personalista*, puesta muy de relieve en su encíclica programática *Redemptor hominis*. Sin caer en dicotomías vacuas y estériles, la idea del Papa podría ser expresada gráficamente, diciendo que él se preocupa no tanto por la humanidad cuanto *por el hombre*, por este hombre concreto que nace, crece, trabaja, goza, sufre, se afana y muere, es decir, por este hombre que son «los cuatro mil millones de hombres vivientes en nuestro planeta desde el momento en que cada uno es concebido en el seno de la madre»⁸.

Todo esto, con las debidas salvedades, podría ser traspuesto al orden teológico, diciendo que a Juan Pablo II no le interesa primordialmente *definir* en términos filosóficos lo que se entiende por *divinidad*, sino descubrirnos *el amor misericordioso de un Dios que es Padre*, el cual nos envía a *su propio Hijo* para redimirnos y nos infunde el *Espíritu Santo* por cuyo don llegamos a la experiencia de que somos hijos adoptivos (cfr. Rom 8,14-17).

El culto al Corazón de Cristo no puede ser recludo en el nivel de la mera psicología religiosa, sino que debe ser situado en el orden trascendente de la persona de Cristo mismo, quien por el Espíritu Santo nos conduce a contemplar el «rostro» del Padre, en el cual tiene su primer origen un amor misericordioso expresado como voluntad de salvación para todos los hombres de todos los tiempos. Es un culto centrado en la búsqueda y desarrollo de la *intimidad personal con Cristo*, glorificador del Padre, donador del Espíritu Santo, salvador de todo el hombre y de todos los hombres.

El tributo de veneración a Cristo, la intimidad personal con El y la proclamación del amor misericordioso de Dios manifestado en su voluntad salvífica universal tiene su expresión culminante y absolutamente insuperable en la Eucaristía, en la celebración del sacrificio-sacramento del altar. Entonces, mediante el sacrificio del Hijo, «sumo sacerdote... perfecto para siempre» (Heb. 7,28), que se ofrece al Padre en el Espíritu Santo, es «promulgado» incesantemente el designio divino de la salvación universal. La Eucaristía es el sacrificio absolutamente perfecto del Hijo que renueva bajo símbolos sacramentales su inmolación en la cruz *por todos los hombres para el perdón de los pecados*.

8. JUAN PABLO II, *Redemptor hominis*, n. 13.



Nada en la vida cristiana puede dar una experiencia tan viva ni una «intuición» tan esclarecida de la voluntad que Dios tiene de salvar a todos los hombres, de ejercitar para con todos su amor misericordioso, como la celebración de la Eucaristía, la cual sería incomprensible, si no preexistiera, por parte de Dios, la voluntad de perdonar *todos los pecados*, es decir, una disposición de misericordia a la cual solamente la obstinación del hombre en el mal puede poner impedimento. La Eucaristía igualmente impone a todos el máximo compromiso de trabajar por la efectiva salvación de todos los hombres o para que se realice el designio divino de un amor sin límites. La Eucaristía es la cruz «sacramentalizada»; su influjo se extiende tanto como el de la cruz misma. Quien la celebra «tiene en la mano» la salvación de todos los hombres y proclama sacramentalmente que se compromete *tan a fondo como Cristo* en la salvación de sus hermanos, es decir, de todos los hombres, pues toma parte activa en la inmolación de una sangre derramada *por todos para el perdón de los pecados*: de todos los pecados.

Amor misericordioso de Dios, voluntad salvífica universal, Corazón de Cristo y Eucaristía como expresión de su donación total a todos los hombres, son realidades inseparables entre sí, que presiden e informan todas las manifestaciones de la vida cristiana.

Después del encuadramiento trinitario del culto al Corazón de Cristo que simboliza el amor misericordioso de Dios como principio de su voluntad salvífica universal, es necesario completar el tema recordando a otra persona indisolublemente unida con Cristo. Esa persona es María, su Madre. No es posible practicar debidamente el culto al Corazón de Cristo, si se prescinde de la Virgen.

Este principio ha sido formulado y explicado a fondo por Pío XII. «Para que toda la familia cristiana y el mundo entero saquen más abundantes frutos del culto al Corazón augustísimo de Jesús, procuren los fieles unirlo íntimamente con la devoción al Inmaculado Corazón de la Madre de Dios. Ha sido voluntad del mismo Dios que en la obra de la redención humana la Santísima Virgen estuviese inseparablemente unida a Cristo, ya que nuestra salvación es fruto de la caridad de Cristo y de sus padecimientos asociados íntimamente al amor y a los dolores de su Madre. Por eso es de todo punto conveniente que el pueblo cristiano, que ha alcanzado la vida divina de Jesucristo por medio de María, después del culto debido al Sagrado Corazón de Jesús, rinda también homenaje de piedad, amor, gratitud y reparación al Corazón amantísimo de la Madre del cielo»⁹.

Juan Pablo II presenta la contribución de María a la obra salvífica de Cristo, relacionándola particularmente con la misericordia divina en

9. Pío XII, *Haurietis aquas*: AAS 48 (1956) 352.



cuya revelación Ella misma toma parte al lado de Cristo y en subordinación a El. «María —dice— es la que de manera singular y excepcional ha experimentado —como nadie— la misericordia y, también de manera excepcional, ha hecho posible con el sacrificio de su corazón la propia participación en la revelación de la misericordia divina. Tal sacrificio está estrechamente ligado con la cruz de su Hijo, a cuyos pies Ella había de encontrarse en el Calvario. Este sacrificio suyo es una participación singular en la revelación de la misericordia, es decir, de la absoluta fidelidad de Dios al propio amor, a la alianza querida por El desde la eternidad y concertada en el tiempo con el hombre, con el pueblo, con la humanidad; es la participación en la revelación definitivamente cumplida a través de la cruz» (n. 9).

María tiene, además, una aptitud especial para ayudar al hombre a descubrir la misericordia de Dios y para recibir los dones de un amor divino que se define como misericordioso. De parte de una Madre, el hombre acepta más connaturalmente ser objeto de misericordia y acogerla con un corazón abierto. «Precisamente —dice también Juan Pablo II— en este amor 'misericordioso', manifestado ante todo en contacto con el mal moral y físico, participaba de manera singular y excepcional el corazón de la que fue Madre del crucificado y del resucitado: participaba María. En Ella y por Ella, tal amor no cesa de revelarse en la historia de la Iglesia y de la humanidad. Tal revelación es especialmente fructuosa, porque se funda, por parte de la Madre de Dios, sobre el tacto singular de su corazón materno, sobre su sensibilidad particular, sobre su especial aptitud para llegar a todos aquellos *que aceptan más fácilmente el amor misericordioso de parte de una Madre*. Es éste uno de los misterios grandes y vivificantes del cristianismo, tan íntimamente vinculado con el misterio de la encarnación» (n. 9).

La Virgen María, con su sola presencia, dirige el pensamiento del hombre hacia una comprensión más profunda del amor de Dios, el cual, en sus relaciones con los hombres, se reviste de rasgos típicamente maternos. Evidentemente, María no añade nada a Dios. Pero nos ayuda a nosotros a comprender mejor ciertos aspectos del amor divino que, de otro modo, quizá nos pasasen desapercibidos. Por medio de María, Dios «promulga» la insondable e inefable ternura de su amor misericordioso y facilita a los hombres el encuentro con este amor. La necesidad de precaverse contra todo lo que pueda tener sabor de «sentimentalismo» no justifica en modo alguno adoptar una postura de frialdad jansenizante.

En todo caso, es necesario mantener bien firme el dato fundamental. La misericordia a cuya revelación contribuye María es la que Dios quiere derramar sobre todos los hombres de todos los tiempos bajo la forma de voluntad salvífica universal. María, al lado de Cristo y en dependencia de El, toma parte en la realización del designio divino,



cuyo origen está en un amor misericordioso que se derrama sobre los hombres desde el principio hasta el fin, «de generación en generación» (Lc 1,50). María tiene la gran misión de facilitar a todos los hombres la acogida de una misericordia, entregándose a la cual, podrán penetrar hasta el «corazón» mismo de Dios, para vivir en plenitud la filiación adoptiva que El otorga por su Hijo Jesucristo en el Espíritu Santo.

A. BANDERA, O.P.
Convento de San Esteban
Apartado 17
37080 SALAMANCA